

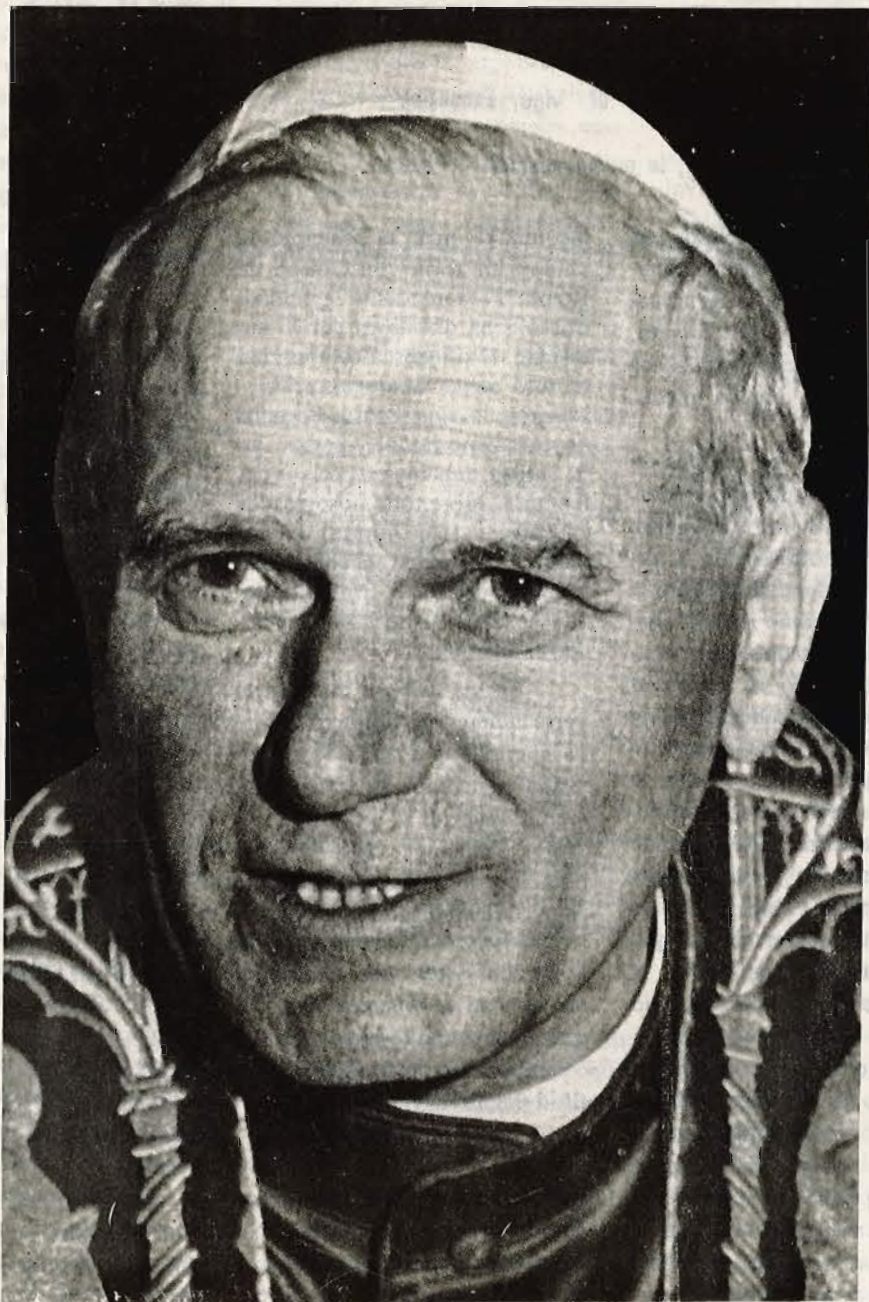
celam

CONSELHO EPISCOPAL LATINOAMERICANO - CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

Año XI

OCTUBRE DE 1978

No. 132



S S JUAN PABLO II

EDITORIAL

CONFIRMA A TUS HERMANOS

* El Papa Wojtyla y el "vigor Ecclesiae".

* Juan Pablo II, la evangelización y Puebla

La Iglesia ha recibido en estos tres meses una extraordinaria catequesis respecto de la naturaleza y misión del Papado, acorde con los acontecimientos sorpresivos que hemos vivido.

Al esbozar los perfiles de su ministerio de supremo Pastor, ante el colegio de los Cardenales, Juan Pablo II insistió, en la urgencia de la fidelidad al Señor y a la Iglesia y —como lo había hecho su inmediato antecesor— expresamente señaló la necesidad de mantener la gran disciplina de la Iglesia. Casi espontáneamente relacioné, por varios aspectos, la figura del nuevo Sucesor de Pedro con la firme enseñanza de San Cipriano. En los cauces del Pontificado de Pablo VI, no es clara manifestación de lo que San Cipriano amaba llamar el "vigor Ecclesiae"? El servicio esencial de la unidad que compete al Vicario de Cristo, como piedra viva sobre la cual se edifica la Iglesia, hace de sensible actualidad los textos del insigne mártir. San Cipriano, en efecto, para asegurar la cohesión de la Iglesia, frente a las variadas amenazas internas y a las insidias que venían desde afuera, desplegó, co-

mo una bandera, el principio de unidad en torno del Obispo de Roma: "Para mantener la unidad, Cristo... ha dispuesto por su autoridad el origen de esta unidad en uno solo... Los otros apóstoles eran lo que Pedro, dotados de un mismo honor y poder... esta unidad debemos tenerla y defenderla, sobre todo nosotros los Obispos..." (De Unitate). La comunión, la unidad, la concordia, términos caros a S. Cipriano, tienen en el Romano Pontífice sólido fundamento.

En los tiempos difíciles de persecución, S. Cipriano define su eclesiología a partir de la confesión coherente de la fe, testimonio esencial y expresión del "vigor Ecclesiae". Este es manifestación de la vitalidad de la fe, de la fidelidad, de la firmeza en la persecución. Es don de Dios a los creyentes, por el cual los mártires en la robustez de su fe, dan el testimonio de su victoria, con el gráfico "CALCARE", actitud del atleta victorioso.

El "vigor Ecclesiae" es cualidad que S. Cipriano refiere de manera especial al Obispo para la animación del pueblo que le es encomendado, con la correspondiente exigencia de la ob-

servancia de la disciplina de la Iglesia, principalmente en lo que atañe a la confesión de fe. El Obispo ha de servir como soporte de la fe de la comunidad. "Como observo en el pueblo que algunos se tienen menos fuertemente, sea por la debilidad del espíritu, sea por la pequeñez de la fe,... por el error en la verdad, no puedo ocultar ni callar esta situación. Por lo cual, tanto cuanto sea posible a nuestra debilidad, buscaremos fortalecer la debilidad de una mentalidad frágil con pleno vigor..." (Mortal 1). El "vigor Ecclesiae" se traduce, entonces, en la entereza del servicio episcopal, sobre todo, en el ministerio fiel y pleno, de Pedro, quien cimentando su tarea en la confesión del Cristo, Hijo de Dios vivo (Mt. 16,16), confirma, da firmeza, vigor, esperanza a sus hermanos.

Viene el Papa de una Iglesia, caracterizada ante todo por el vigor evangélico de su fe. Como de los mártires de Cartago expresaba S. Cipriano, aludiendo al gesto del atleta vencedor ("calcare" en la alegre perseverancia y en la paciente constancia), hay que reconocer en los fieles de la Iglesia de Polonia, el ejemplo de su definida y luminosa identidad católica, de su inmovible vinculación a la tradición de la Iglesia que el Papa, "venido de un país lejano" recuerda con cariño. Porque atletas de la fe son los muchedumbres que colman allí los templos y peregrinan, en imponente dinamismo de fe, hacia la Virgen Negra de Zestochova, enfrentando toda clase de dificultades. Como si el derecho a creer, a orar, fuera amenaza en un pueblo cuya alma ha sido precisamente

cuajada en el evangelio. Atletas de la fe, que corren en pos de la corona que no se marchita, en la comparación paulina, son los Obispos de Polonia, sus sacerdotes, sus religiosos, como el Primado de Polonia a quien ni la prisión pudo doblegar. El abrazo y ósculo fraterno que intercambiaron de rodillas el Papa Wojtyla y el Cardenal Wyszynski es símbolo del esfuerzo conjunto realizado por los Pastores. El Papa reconoció la labor formidable del Arzobispo de Varsovia con palabras vehementes, expresivas, llenas de gratitud.

Es cierto que el Pontificado no se otorga como un premio, ni a él se llega, —en el misterioso designio de Dios— a través de una maratón de méritos, ni por consideraciones de nacionalidades que harían inclinar el fiel de la balanza en uno u otro sentido. Llega el Arzobispo de Cracovia a la Cátedra de Pedro, cargado de méritos y consciente de que lo que el Señor le pide es un servicio generoso cuya real dimensión solo es dable captar desde la fe. Hay también en esta elección, sin que deliberadamente se lo propusieran los cardenales, un homenaje silencioso hacia la Iglesia de Polonia, fiel y fecunda, luchadora y vigorosa, que brinda el fruto maduro de un hombre como el Papa Wojtyla, convencido de la riqueza de la fe y de la significación esencialmente religiosa de la Iglesia a la que sirve con todas sus energías... Enorme ha sido la generosidad de los romanos e italianos que no vacilaron un instante en acoger, como suyo, al nuevo Obispo de Roma —nadie es extranjero en la Iglesia Univer-

sal—, después de cuatro largos siglos de luminosa pléyade de Papas Italianos.

Son múltiples las facetas de la definida personalidad de Juan Pablo II. En ellas se conjuga el Pastor y el pensador, el hombre de doctrina y de acción, el filósofo y el teólogo, el hombre sencillamente cercano a su pueblo, cuyo afecto espontáneo no se regula por normas de "relaciones públicas"; el corazón contemplativo, con definida impronta mariana y la capacidad práctica para captar prudentemente situaciones y dinamizar acciones para seguir con especial atención los signos de los tiempos. Abierto a las diferentes lecciones de la historia, estudioso de los mejores aportes en el pensamiento, sabe analizar los hechos, observando atinadamente sus componentes esenciales y sus reales tendencias y significaciones. Como lo prueban sus numerosos escritos, en una apretada síntesis doctrinal, en la que un profundo tomismo constituye la estructura central, posee gran capacidad de sistematización. Es este hombre de síntesis, en la fe, en la oración, en la doctrina, en la entrega al Evangelio, en la acción informada por la caridad y la justicia, quien tiene ahora en sus manos expertas el timón de la nave de Pedro.

Habrà que hacer, en su momento, la semblanza que arrojan sus variados aportes al pensamiento católico. Es tarea que nos proponemos. Entre tanto, como Obispo (sin desviar la mirada hacia aspectos accidentales) animado por el hecho de compartir la misma fe, en la fraternidad sacramental, veo

en el ministerio de Pedro y concretamente del Papa actual, la cohesión que proviene de la acción permanente de confirmar, animar, llenar de esperanza a sus hermanos, acción de la cual la Iglesia hoy mucho necesita.

Juan Pablo II ha sido un gran evangelizador. Son los clamores de un evangelizador los que se oyeron en la Plaza de S. Pedro el día del inicio de su servicio de Supremo Pastor, cuando invitaba al mundo, a los pueblos, gobiernos y sistemas a abrir las puertas al evangelio, sin temor. Sabe cómo la misión de la Iglesia es evangelizar: es diáfana la advertencia sobre el sentido de las relaciones de la Iglesia dada a las Misiones acreditadas ante la Santa Sede y a las delegaciones extraordinarias para la inauguración de su pontificado.

Su excelente trabajo en el Sínodo de la Evangelización, del cual fue Relator General, permite sospechar, sin mayor aventura, que la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, recoge buena parte de sus logradas síntesis en el aula sinodal. En ellas subrayaba la misión esencialmente religiosa de la Iglesia, en el anuncio explícito del Reino, abogaba por la libertad pastoral para servir a los pueblos y ubicaba en un contexto sereno y profundo las dimensiones de la auténtica liberación.

No deja de ser misterioso que, justamente en las puertas de la Conferencia de Puebla, la Iglesia haya recibido la noticia desgarradora de la muerte de Pablo VI, quien tanto esperó en esta III Conferencia General, luego de Juan Pablo I, quien con tan

ta confianza reconfirmó su convocación y preparaba el discurso inaugural. Aunque es, naturalmente, algo que sólo corresponde al Santo Padre, a pesar de la carga formidable de sus ocupaciones, tendría algo de ex-

traño que, como peregrino Mariano ante la Virgen de Guadalupe, en su primera y simbólica visita a esta Iglesia, la más vasta porción de la Iglesia Universal, personalmente inaugurara tan

histórica Conferencia?

Octubre, 1978

ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General - CELAM

LAS SORPRESAS DE PUEBLA

(Octubre 12 de 1978)

Cuando debíamos hallarnos en pleno desarrollo de las jornadas de Puebla, la sorpresiva muerte del Papa Juan Pablo I obligó a su aplazamiento. Un mes antes había sido confirmada por el Papa Luciani la Conferencia que fuera convocada por Pablo VI. Todo preparado, hasta los últimos detalles, con la colaboración de la Iglesia mexicana, sobre todo de la Arquidiócesis de Puebla, hay que esperar lo que decida el nuevo Pontífice en cuya voluntad hemos de ver el signo sin sombras de la voluntad de Dios.

De parte del CELAM, encargado por la Santa Sede para su preparación, en permanente unión con los Episcopados, hemos cumplido nuestro compromiso y responsabilidad. Hemos procurado hacerlo siguiendo los criterios elementales de fidelidad a la Iglesia y las líneas de la preparación que fueron convenidas para asegurar la seriedad y objetividad del proceso. En el camino hasta ahora recorrido, no faltaron sorpresas e incidentes. Había que suponer desde la partida que un acontecimiento de tales proporciones no habría de estar libre de dificultades y obstáculos. Tal vez lo que no estaba del todo preciso en las previsiones fue la intensidad concertada de ciertos ataques provenientes de sectores conocidos —no está aquí la sorpresa— y la forma como fueron conducidos, en algunos casos, sin ahorrar procedimientos que ruborizarían aún a quienes tienen tan solo un concepto funcional y oportunista, por sistema, de la verdad. No sólo se manejaron los rumores que alimentaron medios de comunicación ingenuos o tendenciosos, volcados a producir reflejos condicionados y a desencadenar pasiones, prejuicios, presiones, sino que, frente a la avalancha de la verdad, hasta se creyó prestar un útil servicio a causas en las que el recurso a la calumnia se volvió corriente. Ha habido quienes

han buscado una cosa: que Puebla no llegue a realizarse. Y, si tenía lugar, que se celebrara con tantas presiones y condicionamientos que pudiera más la intimidación sobre los Obispos que la necesidad pastoral de América Latina. Si los mecanismos de intimidación no daban resultados (bien refractarios se mostraron el CELAM y los Episcopados), era preciso celebrar una especie de Anti-Puebla, al mismo tiempo, echando mano nuevamente del efecto sensacionalista de los medios de comunicación. Conocíamos las estrategias concretas, ratificadas en reuniones convocadas ad-hoc. Conocíamos el volumen de casas alquiladas, los equipos de expertos al margen de la Conferencia, las facilidades locativas que se ofrecían. Ibamos, y vamos, si así lo quiere el Papa, conscientes de todo esto, pero seguros también, —porque no pocos años de servicio a la Iglesia nos ha revelado la grandeza de nuestras Iglesias— de que Puebla está condenada al éxito... Puebla no es nada nuevo, novedoso, ni distinto de lo que son nuestras Iglesias.

Hay ya pasos irreversibles. En el caso, bien remoto por cierto, de que Puebla no tuviera lugar, los esfuerzos no han sido estériles. Ha habido, últimamente, algún hecho de Iglesia sobre el cual se haya reflexionado más? Ha sido vana la oración de tantos millones de almas que han implorado un futuro evangelizador? Está de sobra lo que hoy se detecta acerca de la real situación de la Iglesia y de las tendencias mayores para el porvenir? Los numerosos encuentros y reuniones habrían sido un inútil dispendio de energías? Es preciso decirlo: a Puebla se iba con confianza porque ya se había recorrido un buen camino de sintonía entre nuestros Episcopados, de convergencias centrales en sus tesis y de voluntad decidida de atinar.

Pasa pag. 6

OCTUBRE 17

PRIMER MENSAJE DE JUAN PABLO II A LA IGLESIA Y AL MUNDO

Venerables hermanos nuestros, amados hijos de la Santa Iglesia, y todos vosotros hombres de buena voluntad, que nos escucháis.

RECUERDO DE PABLO VI Y JUAN PABLO I

Solamente una palabra, entre otras muchas, nos viene inmediatamente a los labios al presentarnos a vosotros, después de nuestra elección para la Cátedra de San Pedro: es una palabra que —por el claro contraste de nuestras limitaciones como persona humana— hace resaltar la inmensa carga y función que se nos ha confiado: “¡Oh profundidad de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom 11,33). En verdad, después de la muerte del Papa Pablo VI, cuyo recuerdo siempre nos acompaña, ¿quién podría prever también la inesperada muerte de su amabilísimo sucesor Juan Pablo I? ¿Y cómo podríamos Nos mismos prever que la formidable herencia de ambos iba a recaer sobre nuestros hombros? Por eso hemos de reflexionar sobre el misterioso designio de Dios, providente y bueno, no ya para entenderlo, sino más bien para adorarlo y dirigirle nuestras preces. Sentimos, por eso, el deber de repetir las palabras del Salmista, que, levantando los ojos al cielo, exclamaba: “De dónde me vendrá el auxilio? Mi auxilio me viene del Señor” (Sal 120,1-2).

LA ALOCUCION PROGRAMATICA DEL PAPA LUCIANI

Los mismos sucesos imprevistos, que unos tras otros han tenido lugar en tan breve espacio de tiempo, y la insuficiencia con que podemos responder a tantas esperanzas, no sólo nos empujan a dirigir nuestro pensamiento al Señor y a confiar totalmente en El, sino que también nos impiden describir un programa del Sumo Pontificado, que nazca de una larga reflexión y cuidada elaboración. Pero para suplir lo que nos falta, tenemos ya a mano una cierta compensación, que ella misma es signo de la confortante presencia de Dios.

Ha pasado poco más de un mes, del día en que todos nosotros, dentro y fuera de esta Capilla Sixtina, insigne por su historia, oímos la palabra del Papa Juan Pablo al comienzo mismo de su minis-

terio, en el que tantas esperanzas habíamos puesto: creemos que no podemos prescindir de esta alocución, sea por el recuerdo que todavía con servamos cada uno de nosotros, sea por las sabias advertencias y sugerencias que en ella se contienen. Aquella alocución, así como fue oportuna en las circunstancias en que se pronunció, así parece conservar ahora su fuerza, al comienzo de este nuevo pontificado, que pesa sobre Nos y que, mirando a Dios y a la Iglesia, no podemos eludir.

IMPORTANCIA Y ACTUALIDAD DEL CONCILIO

Queremos, pues, desarrollar algunas líneas directrices que consideramos de capital importancia y que, por eso —como nos proponemos y, con la ayuda del Señor, esperamos— no sólo las tendremos en cuenta y adoptaremos, sino que también las impulsaremos constantemente para que, en la vida real de la Iglesia, se responda a ellas.

Ante todo queremos insistir en la permanente importancia del Concilio Euménico Vaticano II, y aceptamos el deber ineludible de llevarlo cuidadosamente a la práctica.

¿No es acaso este Concilio universal como una piedra miliar, o un acontecimiento del máximo peso, en la historia bimilenaria de la Iglesia, y consiguientemente, en la historia religiosa del mundo y del desarrollo humano?

Ahora bien, el Concilio igual que no termina en sus documentos, tampoco se concluye en las aplicaciones que se han realizado en estos años. Por eso juzgamos que nuestro primer deber es promover, con la mayor diligencia, la ejecución de los decretos y normas directivas del mismo. Y esto lo haremos, desde luego, con una acción a la vez prudente y estimulante, procurando sobre todo que se logre antes que nada una adecuada mentalización: es decir, es necesario, en primer lugar, hacer que los espíritus sintonicen con el Concilio, para poder llevar luego a la práctica cuanto él dijo, y poder explicitar todo lo que en él se esconde, o —como suele decirse— se encuentra implícito en él, teniendo en cuenta las experiencias realizadas y las exigencias de las nuevas circunstancias.

Para decirlo brevemente, urge hacer madu

rar, con el estilo propio de lo que se mueve y vive, las fecundas semillas que los padres del Concilio Ecuménico, alimentados con la Palabra de Dios, sembraron en tierra buena (cf. Mt 13,8,23); es decir, los importantes documentos y las deliberaciones pastorales.

Este propósito general de fidelidad al Concilio Vaticano II y esta expresa voluntad, por parte nuestra, de aplicarlo, puede comprender varios sectores: el campo misional y ecuménico, la disciplina y organización; pero hay un sector en el que habrán de volcarse los mejores cuidados, a saber, el de la eclesiología.

LA ECLESIOLOGIA DEL VATICANO II

Es necesario, venerables hermanos y amados hijos del orbe católico, que tomemos de nuevo en las manos la "gran carta" del Concilio, es decir, la Constitución Dogmática **Lumen Gentium** para que meditemos con renovado y reforzado afán sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. Sobre su modo de existir y actuar; y esto habrá de hacerlo no sólo para lograr aquella comunión de vida en Cristo de todos los que en él creen y esperan, sino también para contribuir a hacer más amplia y estrecha la unidad de toda la familia humana.

El Papa Juan XXIII solía decir estas palabras: "Iglesia de Cristo, luz de los pueblos", porque la Iglesia —el Concilio repite sus palabras— es el sacramento universal de la salvación y de la unidad para todo el género humano (cf. **Lumen Gentium**, 1; 48; **Ad Gentes**, 1).

El ministerio salvífico, que tiene como punto central de referencia la Iglesia, y se realiza a través de la Iglesia, el dinamismo que gracias a ese mismo misterio anima al Pueblo de Dios, esa peculiar conexión o forma colegial por la que, **cum Petro et sub Petro**, los sagrados Pastores se unen entre sí, son puntos capitales, sobre los que nunca se reflexionará bastante, para que revisemos —teniendo en cuenta las necesidades constantes o transitorias de los hombres— las formas con las que conviene que la Iglesia se presente y actúe. Por lo cual, la adhesión a este documento del Concilio, tal como resulta iluminado por la Tradición y conteniendo las fórmulas dogmáticas dadas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros, Pastores y fieles, el camino cierto y el estímulo constante —digámoslo de nuevo— en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia.

LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL

Con el fin de hacer a todos más conscientes y eficaces en el cumplimiento de su deber, les exhortamos de manera especial a meditar con mayor profundidad lo que comporta el vínculo colegial; por el cual, los obispos se unen íntimamente con el Sucesor de San Pedro y todos entre sí, para realizar las espléndidas tareas que les han sido confiadas de iluminar con la luz del Evangelio, santificar con los instrumentos de la gracia y regir con el arte pastoral a todo el Pueblo de Dios.

Esta forma colegial comporta ciertamente el conveniente desarrollo de las instituciones, en parte nuevas, en parte acomodadas a las necesidades actuales, con las cuales se logre la mayor unidad de espíritu, de afanes y de iniciativas en la obra de construir el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. **Ef** 4,12; **Col** 1, 24).

A este respecto queremos citar ante todo el Sínodo de los Obispos creado, antes de que terminara el Concilio, por la gran sabiduría de Pablo VI (cf. **Apostolica sollicitudo**, "Motu proprio" dado en **AAS** 57, 1965, pag. 775-780).

Pero además de esta referencia al Concilio, hay

LAS SORPRESAS DE... Viene pag. 4

Dejemos al Señor y a la historia juicio concreto sobre algunos comportamientos. Aunque hubiese una inmensa quema de documentos, aunque transitorias amnesias borrarán los recuerdos e hicieran borrosas e imprecisas las huellas de personas e instituciones; aunque hubiera nuevas sorpresas en el juego de las fidelidades, quedaría la conciencia eclesial, como testigo pertinaz.

Sale el CELAM de esta preparación de la III Conferencia fortificado en su unidad, a pesar de los intentos deliberados de algunos por encontrar o suscitar grietas para sembrar confusión y desconcierto. La realidad es diferente: todo, absolutamente todo, se ha hecho de común acuerdo, en reuniones de las que abundan los testigos. Como también han abundado los testigos de la manera de actuar de muchos que intentaron crear sorpresas, esterilmente.

ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General — CELAM

que poner de relieve el deber de la fidelidad total a la misión que hemos recibido, y a la cual estamos obligados nosotros mismos más que nadie

Elevado a la suprema función en la Iglesia, además de tener que dar ejemplo con los propósitos y la acción, hemos de mostrar esta fidelidad con todas nuestras fuerzas: lo hemos de lograr manteniendo íntegro el depósito de la fe, cumpliendo aquellos especiales mandatos de Cristo, que entregó a Simón, constituido piedra de la Iglesia, las llaves del reino de los cielos (cf. **Mt** 16, 18-19), que le mandó confirmar a los hermanos (cf. **Lc** 22,32) y apacentar las ovejas y corderos de su grey, como testimonio de amor (cf. **Jn** 21, 15-17).

Estamos profundamente convencidos de que, en ninguna investigación que se haga hoy sobre el llamado "ministerio de Pedro" para captar mejor lo que le es propio y peculiar, se podrían olvidar estos tres puntos cardinales del Santo Evangelio.

EL SUPREMO PONTIFICADO, MINISTERIO DE AMOR

Se trata, en efecto, de funciones típicas de este ministerio, que están relacionadas con la misma naturaleza de la Iglesia para conservar su unidad interior y asegurar su misión espiritual. Funciones que han sido encomendadas no sólo a San Pedro, sino también a sus legítimos Sucesores.

También estamos convencidos de que tan eximio ministerio ha de ser siempre relacionado con el amor, como con la fuente en que se alimenta, y con el clima en que se desarrolla: un amor que sea como la necesaria respuesta a la pregunta de Jesús "¿me amas?". Por eso nos place repetir las palabras de San Pablo: "La caridad de Cristo nos construye" (**2 Cor** 5,14), porque queremos que nuestro ministerio sea, desde el comienzo, en todas las formas en que se manifieste y exprese un ministerio de amor.

LA LECCION DE LOS DOS ULTIMOS PAPAS

En esto procuraremos seguir los ejemplos de nuestros inmediatos predecesores, que han creado preclara escuela. ¿Quién no se acuerda de las palabras de Pablo VI que predicó la "civilización del amor", y que, casi un mes antes de su muerte, afirmaba con el corazón lleno de presagios: "He

mantenido la fe" (cf. homilía en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo **AAS** 70, 1978, página 395; **L'Osservatore Romano**, Edición en Lengua Española, 9 de julio de 1978, pag. 1). No como una autoalabanza, sino como un riguroso examen, al que sometía su conciencia religiosa, después de 15 años de ministerio apostólico.

¿Y qué diremos de Juan Pablo I? Apenas salió de nuestras filas para vestir el no pequeño peso del manto papal; pero ¡qué llama de caridad que "oleada de amor" como él deseó para el mundo en su última alocución dominical, antes del **Angelus** salieron de él en los pocos días de su ministerio! Lo confirman también sus sabias lecciones catequéticas, dirigidas a los fieles en las audiencias públicas, sobre la fe, la esperanza y la caridad.

Venerables hermanos en el Episcopado e hijos queridísimos: la fidelidad, como es obvio, abraza también la completa adhesión al Magisterio de Pedro, especialmente por lo que respecta a la doctrina. Es necesario tener en cuenta siempre la importancia "objetiva" de este Magisterio y también defenderlo de las insidias que en estos tiempos, aquí y allá, se tienden contra algunas verdades firmes de nuestra fe católica.

LA FIDELIDAD Y SUS EXIGENCIAS EN EL CAMPO DOCTRINAL Y DISCIPLINAR

La fidelidad, además, comprende la observancia de las normas litúrgicas promulgadas por la autoridad eclesiástica y, consiguientemente, rechaza lo mismo la costumbre de introducir novedades arbitrarias sin la debida autorización, que la de recusar con obstinación cuanto se ha establecido legítimamente respecto a los sagrados ritos e incluido en ellos.

La fidelidad se refiere también a la gran disciplina de la Iglesia de que habló nuestro predecesor. La cual no es de tal índole que deprima o —como algunos dicen— mortifique, sino que tiene como misión defender la recta ordenación del Cuerpo místico de Cristo, logrando que la unión de todos los miembros de que El consta realice sus funciones de un modo eficaz y natural.

Por lo demás, la fidelidad equivale también al cumplimiento de las exigencias de la vocación sacerdotal y religiosa, de forma que se observe siempre lo que libremente se prometió ante Dios, y se procure más y más que la vida esté marcada con un constante sentido sobrenatural.

Por último, en cuanto se refiere a los fieles —según la misma palabra indica—, conviene que la fidelidad sea un deber que dimane de su condición de cristianos por su propia naturaleza. Póngala en práctica y den testimonio de ella con ánimo dócil y sincero, tanto obedeciendo a los sagrados Pastores que el Espíritu Santo eligió para regir la Iglesia de Dios (cf. Act 20,28), como asociándose a las actividades y obras que se les confíen.

En este momento no podemos olvidar a los hermanos de las otras Iglesias y Confesiones cristianas. Demasiado grande y delicada es, en efecto, la causa ecuménica, para que podamos dejarla ahora sin una palabra nuestra.

¿Cuántas veces hemos meditado juntos el testamento de Cristo, que pidió al Padre, para sus discípulos, el don de la unidad (cf. Jn 17, 21-23). ¿Y quién no recuerda la insistencia de San Pablo acerca de la "comunidad del espíritu" con la cual los discípulos de Cristo tienen "una misma caridad, una sola alma, un solo y mismo pensamiento" (cf. Flp 2, 2. 5-8)?

LA CAUSA ECUMENICA

Es increíble que se dé todavía el drama de la división entre los cristianos, que es para todos causa de perplejidad y acaso también de escándalo. Intentamos, por tanto, proseguir en el camino, ya felizmente comenzado, y favorecer aquellos pasos que valgan para remover los obstáculos, deseando que, gracias a un esfuerzo concorde, se llegue finalmente a la comunión perfecta.

Nos dirigimos también a todos los hombres —que, como hijos del único Dios Omnipotente, son nuestros hermanos a los que debemos amar y servir— para expresarles no con presunción, sino con humildad sincera, nuestra voluntad de dar una eficaz aportación a las causas permanentes y prevalentes de la paz, del desarrollo, de la justicia internacional.

No nos mueve ninguna intención de interferencia política, o de participación en la gestión de los asuntos temporales: así como la Iglesia excluye un encuadramiento en categorías de orden terreno, así también nuestro afán, al tratar estos apremiantes problemas de los hombres y de los pueblos, estará dirigido únicamente por motivaciones religiosas y morales.

LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA LIBERTAD

Seguidor de Aquel que presentó a los suyos el ideal de ser "sal de la tierra" y "luz del mundo" (Mt 5, 13-14), Nos pretendemos dedicarnos a la consolidación de las bases espirituales, sobre las que debe apoyarse la sociedad humana. Este deber nos resulta tanto más fuerte cuanto más perduran las desigualdades e incomprensiones que son, a su vez, causa de tensiones y conflictos en no pocas partes del mundo, con la ulterior amenaza de catástrofes más terribles.

Será, por eso, constante nuestra preocupación en orden a estos problemas, para una acción oportuna, desinteresada y evangélicamente inspirada.

En esta ocasión queremos considerar con afecto el gravísimo problema que el Colegio de los padres cardenales señaló, durante la Sede Vacante, en relación con la querida tierra del Líbano y su pueblo, al que todos deseamos ardientemente la paz en la libertad.

Al mismo tiempo, querríamos tender las manos en este momento a todos los pueblos y a todos los hombres; y abrir incluso el corazón a todos aquellos que se ven oprimidos por cualquier injusticia o discriminación, sea en el campo económico o social, sea en la vida política, o también por la falta de libertad de conciencia y debida libertad religiosa.

Debemos tender con todos los medios a esto: que todas las formas de injusticia que se manifiestan en este nuestro tiempo, se sometan a la consideración común, se les busque de verdad remedio y que todos puedan llevar una vida digna del hombre. Esto pertenece a la misión de la Iglesia que ha sido puesta de relieve en el Concilio Vaticano II, y no sólo en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, sino también en la constitución Pastoral *Gaudium et Spes*

DE CARA AL AÑO 2000

Hermanos e hijos queridísimos, los recientes acontecimientos de la Iglesia y del mundo son para todos nosotros una advertencia saludable: ¿Cómo será nuestro pontificado?, ¿Cuál será la suerte que el Señor reserva a su Iglesia en los próximos años?, ¿y qué camino recorrerá la humanidad en este final de siglo que ya se acerca al año 2000? Son preguntas valientes, a las que no se puede responder más que esto: "Dios lo sabe" (cf. 2 Cor 12, 2.3).

Nuestra aventura personal, que nos ha traído inesperadamente a la máxima responsabilidad del servicio apostólico, interesa muy poco. Queremos decir que nuestra persona debe desaparecer frente a la onerosa función que hemos de cumplir. Y entonces nuestras palabras se convierten en una llamada: después de nuestra plegaria al Señor, sentimos la necesidad de solicitar también vuestra oración, para obtener esa fuerza superior indispensable que nos consienta continuar el trabajo de los amados predecesores en el punto en que lo han dejado.

SALUDO A TODO EL PUEBLO DE DIOS CON UN RECUERDO ESPECIAL A POLONIA

Después de este recuerdo conmovido nos place continuar con un saludo de agradecimiento y reconocimiento para cada uno de vosotros, venerables hermanos nuestros; y después un saludo confiado y animador a todos los otros hermanos en el Episcopado, que en las diversas partes del mundo cuidan de cada una de las Iglesias, porciones elegidas del Pueblo de Dios (Cf. *Christus Dominus*, 11) y son también solidarios con la obra de la salvación universal. Con ellos contemplamos a los sacerdotes, a los misioneros, a los religiosos y religiosas; y enseguida expresamos de todo corazón el deseo de que aumente su número evocando aquellas palabras de nuestro Salvador: "La mies es mucha pero los obreros pocos" (Mt 9,37; Lc 10, 2).

Vemos después también a las familias y a las comunidades cristianas, a las multiformes asociaciones de apostolado, a los fieles que, aunque no nos son conocidos uno por uno, no por eso serán en el conjunto magnífico de la Iglesia de Cristo, ¡jamás!, ni anónimos, ni extraños, ni marginados.

Entre ellos contemplamos, con mirada preferente, a los más débiles, a los pobres, a los enfermos, a los afligidos. A ellos especialmente les queremos abrir nuestro corazón en el comienzo de nuestro ministerio pastoral. ¿No sois, en efecto, vosotros, hermanos y hermanas, los que con vuestros dolores participáis y en cierto modo completáis la pasión de nuestro mismo Redentor? (cf. Col. 1,24). El indigno Sucesor de San Pedro, que se propone escrutar las insondables riquezas de Cristo (cf. Ef 3,8), tiene una gran necesidad de vuestra ayuda, de vuestra oración, de vuestro sacrificio, y por esto os lo pide humildísimamente.

Permitid que añada, hermanos e hijos que nos escucháis, por el amor imborrable que tenemos

a la tierra de origen, un distinguido y especialísimo saludo, tanto a todos los ciudadanos de nuestra Polonia "siempre fiel", como a los obispos, sacerdotes y pueblo de la Iglesia de Cracovia

Es éste un saludo en el que se mezclan indistintamente los recuerdos y los afectos, la nostalgia y la esperanza.

BAJO LA PROTECCION DE LA VIRGEN, DE SAN PEDRO Y SAN PABLO Y DE TODOS LOS SANTOS

En esta gran hora que hace temblar, no podemos menos de dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las dulces palabras *totus tuus* —"todo tuyo"—, que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, con motivo de nuestra ordenación episcopal.

Ni podemos menos de invocar a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y a todos los Santos y Beatos de la Iglesia universal.

Y así, en esta misma hora, saludamos a todos: a los ancianos, a los adultos, a los jóvenes, a los niños, a los recién nacidos, movido por este vivo sentimiento de paternidad que está surgiendo de nuestro corazón.

A todos deseamos sinceramente que "crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" que el Príncipe de los Apóstoles deseaba (2 Pe 3,18).

A todos impartimos nuestra primera bendición apostólica que, no sólo sobre ellos, sino sobre la humanidad entera, atraiga una abundante efusión de los dones del Padre que está en los cielos. Así sea..

LIBROS AUXILIARES PARA PUEBLA

1. *Iglesia y América Latina Cifras*
2. *Aportes pastorales desde el CELAM*
3. *Aportes de las Conferencias Episcopales.*
4. *Visión pastoral de América Latina.*

Pedidos al Apartado Aéreo 51086 - Bogotá

HOMILIA DEL SANTO PADRE EN LA INAUGURACION OFICIAL DE SU PONTIFICADO

1

"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16).

Estas palabras fueron pronunciadas por Simón, hijo de Jonás, en la región de Cesarea de Filipo. Las dijo, sí, en la propia lengua, con una convicción profunda, vivida, sentida; pero no tenían dentro de él su fuente, su manantial: "...porque no es la carne, ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16,17). Eran palabras de fe.

Ellas marcan el comienzo de la misión de Pedro en la historia de la salvación, en la historia del pueblo de Dios. Desde entonces, desde esa confesión de fe, la historia sagrada de la salvación y del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión: expresarse en la histórica dimensión de la Iglesia. Esta dimensión eclesial de la historia del Pueblo de Dios tiene sus orígenes, nace de hecho, de estas palabras de fe y sigue vinculada al hombre que las pronunció: "Tú eres Pedro -roca, piedra- y sobre ti, como sobre una piedra, edificaré mi Iglesia".

2

"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo": Estas palabras marcan el comienzo de la misión de Pedro, en ellas está la fe de la Iglesia, la nueva verdad

Hoy y aquí, en este lugar, es necesario pronunciar y escuchar de nuevo las mismas palabras: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Sí, hermanos e hijos, ante todo estas palabras.

Su contenido revela a nuestros ojos el misterio de Dios vivo, misterio que el Hijo conoce y que nos ha acercado. En efecto, nadie ha acercado el Dios vivo a los hombres, ninguno lo ha revelado como lo ha hecho el Hijo mismo. En nuestro conocimiento de Dios, en nuestro camino hacia Dios estamos totalmente ligados a la potencia de estas palabras: "Quien me ve a mí, ve también al Padre". El que es infinito, inescrutable, inefable, se ha acercado a nosotros en Cristo Jesús, el Hijo unigénito, nacido de María Virgen en el portal de Belén.

- Vosotros todos, los que tenéis ya la inestimable suerte de creer,
- vosotros todos los que todavía buscáis a Dios,
- y también vosotros, los que estáis atormentados por la duda:

acoged de buen grado una vez más -hoy y en este sagrado lugar- las palabras pronunciadas por Simón Pedro. En esas palabras está la fe de la Iglesia. En ellas está la nueva verdad, es más, la verdad última y definitiva sobre el hombre: el Hijo de Dios vivo. "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

3

Roma, su Cátedra Apostólica y su Obispo

El nuevo Obispo de Roma comienza hoy solemnemente su ministerio y la misión de Pedro. Efectivamente, en esta ciudad desplegó y cumplió Pedro la misión que le había confiado el Señor.

El Señor se dirigió a él diciendo:

"...Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras" (Jn 21,18).

¡Pedro vino a Roma!

¿Qué fue lo que le guió y condujo a esta Urbe, corazón del Imperio Romano, sino la obediencia a la inspiración recibida del Señor? Es posible que este pescador de Galilea no hubiera querido venir hasta aquí, que hubiera preferido quedarse allá, a orillas del Lago de Genesaret, con su barca, con sus redes. Pero guiado por el Señor, obediente a su inspiración, llegó hasta aquí.

Según una antigua tradición (que ha tenido magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero el Señor intervino, le salió al encuentro. Pedro se dirigió a El preguntándole: "*Quo vadis, Domine?* ¿Dónde vas, Señor?". Y el Señor le respondió enseguida: "Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez". Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta su crucifixión.

Sí, hermanos e hijos, Roma es la Sede de Pedro. A lo largo de los siglos le han sucedido siempre en esta sede nuevos Obispos. Hoy, un nuevo Obispo sube a la Cátedra Romana de Pedro, un Obispo lleno de temblor consciente de su indignidad. ¡Y, cómo no temblar ante la grandeza de tal llamada y ante la misión universal de esta Sede Romana!

A la Sede de Pedro en Roma sube hoy un Obispo que no es romano. Un Obispo que es hijo de Polonia. Pero desde este momento, también él se hace romano. Sí, ¡romano! También porque es hijo de una nación cuya historia, desde sus primeros albores, y cuyas milenarias tradiciones están marcadas por un vínculo vivo, fuerte, jamás interrumpido, sentido y siempre vivido, con la Sede de Pedro; una nación que ha permanecido siempre fiel a esta Sede de Roma. ¡Oh, el designio de la Divina Providencia es inescrutable!

4

Siervo de los siervos de Dios al servicio de la suprema potestad

En los siglos pasados, cuando el Sucesor de Pedro tomaba posesión de su Sede, se colocaba sobre su cabeza la tiara. El último Papa coronado fue Pablo VI en 1963, el cual, sin embargo, después del solemne rito de la coronación, no volvió a usar la tiara, dejando a sus sucesores libertad para decidir al respecto.

El Papa Juan Pablo I, cuyo recuerdo está tan vivo en nuestros corazones, no quiso la tiara, y hoy no la quiere su sucesor. No es tiempo, realmente, de volver a un rito que ha sido considerado, quizás injustamente, como símbolo del poder temporal de los Papas.

Nuestro tiempo nos invita, nos impulsa y nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una meditación humilde y devota sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo.

El que nació de María Virgen, el Hijo del carpintero -como se le consideraba-, el Hijo del Dios vivo, como confesó Pedro, vino para hacer de todos nosotros "un reino de sacerdotes".

El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo -Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey- continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios participa de esta triple misión. Y quizás en el pasado se colocaba sobre la cabeza del Papa la tiara, esa triple corona, para expresar, por medio de tal símbolo, el designio del Señor

sobre su Iglesia, es decir, que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda su "sagrada potestad" ejercitada en ella no es otra cosa que el servicio, servicio que tiene un objetivo único: que todo el Pueblo de Dios participe en esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual tiene su origen no en los poderes de este mundo, sino en el Padre celestial y en el misterio de la cruz y de la resurrección.

La potestad absoluta y también dulce y suave del Señor responde a lo más profundo del hombre, a sus más elevadas aspiraciones de la inteligencia, de la voluntad y del corazón. Esta potestad **no habla** con un lenguaje de fuerza, sino que se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo Sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confluente: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.

5

Al servicio del hombre y de la humanidad entera

¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!
¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!

Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce "lo que hay dentro del hombre". ¡Sólo El lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, - os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza - permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

6

La solemne inauguración del ministerio del Supremo Pastor: gracias a todos los presentes

Precisamente hoy toda la Iglesia celebra su "Jornada Misionera mundial": es decir, ora medita, trabaja para que las palabras de vida de Cristo lleguen a todos los hombres y sean escuchadas como mensaje de esperanza, de salvación, de liberación total.

Doy las gracias a todos los aquí presentes que han querido participar en esta solemne inauguración del ministerio del nuevo Sucesor de Pedro.

Doy las gracias de corazón a los Jefes de Estado, a los Representantes de las Autoridades, a las Delegaciones de los Gobiernos por su presencia que tanto me honra.

¡Gracias a vosotros, eminentísimos cardenales de la Santa Iglesia Romana!

¡Os doy las gracias, amados hermanos en el Episcopado!

¡Gracias a vosotros, sacerdotes!

¡A vosotros, hermanas y hermanos, religiosas y religiosos de las órdenes y de las congregaciones! ¡Gracias!

¡Gracias a vosotros romanos!

¡Gracias a los peregrinos que han venido de todo el mundo!

¡Gracias a cuantos seguís este sagrado rito a través de la radio y de la televisión!

7

Saludo a Polonia y a Cracovia con una invitación a orar por el Papa

Me dirijo a vosotros, queridos compatriotas, peregrinos de Polonia, hermanos obispos presididos por vuestro magnífico primado, sacerdotes, religiosos y religiosas de las diversas congregaciones polacas, y a vosotros representantes de esa "Polonia" esparcida por todo el mundo.

¡Y qué os diré a vosotros que habéis venido de mi Cracovia, la sede de San Estanislao, de quien he sido indigno sucesor durante 14 años? ¿Qué os puedo decir? Todo lo que pudiera deciros sería un pálido reflejo de lo que siento en estos momentos en mi corazón y de lo que sienten vuestros corazones.

Dejemos pues a un lado las palabras. Quede sólo un gran silencio ante Dios, el silencio que se convierte en plegaria.

Una cosa os pido: estad cercanos a mí. En Jasna Gora y en todas partes. No dejéis de estar con el Papa, que hoy reza con las palabras del poeta: "Madre de Dios, que defiendes la Blanca Czestochowa y resplandeces en la 'Puerta Aguda'". Esas son las palabras que dirijo a vosotros en este momento particular.

Con las palabras pronunciadas en lengua polaca, he querido hacer una llamada e invitación a la plegaria por el nuevo Papa. Con la misma llamada me dirijo a todos los hijos e hijas de la Iglesia católica. Recordadme hoy y siempre en vuestra oración.

8

Avanzar en la fe y derribar las barreras de la división

A los católicos de los países de lengua francesa manifiesto todo mi afecto y simpatía. Y me permito contar con vuestro apoyo filial y sin reservas.

Avanzad en la fe.

A quienes no participan de nuestra fe dirijo también un saludo respetuoso y cordial. Espero que sus sentimientos de benevolencia facilitarán la misión espiritual que me incumbe y que no se lleva a cabo sin repercusión en la felicidad y la paz del mundo.

A todos los que habláis inglés ofrezco mi saludo cordial en el nombre de Cristo.

Cuento con la ayuda de vuestras oraciones y de vuestra buena voluntad para desempeñar mi misión al servicio de la Iglesia y de la humanidad.

Que Cristo os dé su gracia y su paz, derribando las barreras de división y haciendo de todas las cosas una en El.

Solidaridad con todas las Iglesias

Dirijo un cordial saludo a los representantes y a todas las personas de los países de habla alemana.

Repetidas veces, e incluso recientemente durante mi visita a la República Federal de Alemania, he tenido oportunidad de conocer y apreciar personalmente la gran obra de la Iglesia y de sus fieles.

Que vuestra acción abnegada en favor de Cristo resulte fructífera también en el futuro de cara a todos los grandes problemas y a todas las necesidades de la Iglesia en el mundo entero. Por eso encomiendo espiritualmente a vuestra oración mi servicio apostólico.

Fidelidad a la tradición cristiana en clima de justicia y solidaridad cercanos siempre al Papa y devotos de la Virgen

Mi pensamiento se dirige ahora hacia el mundo de lengua española, una porción tan considerable de la Iglesia de Cristo.

A vosotros, hermanos e hijos queridos, llegue en este momento solemne el afectuoso saludo del nuevo Papa.

Unidos por los vínculos de una común fe católica, sed fieles a vuestra tradición cristiana, hecha vida en un clima cada vez más justo y solidario, mantened vuestra conocida cercanía al Vicario de Cristo y cultivad intensamente la devoción a nuestra Madre, María Santísima.

Hermanos e hijos de lengua portuguesa: Os saludo afectuosamente en el Señor en cuanto "siervo de los siervos de Dios".

Al bendeciros confío en la caridad de vuestras oraciones y en vuestra fidelidad para vivir siempre el mensaje de este día y de esta ceremonia: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Que el Señor esté con vosotros: con su gracia y su misericordioso amor hacia la humanidad. Cordialmente saludo y bendigo a los checos y eslovacos, a los que siento tan cercanos. De todo corazón doy la bienvenida y bendigo a todos los ucranios y rutenos del mundo. Mi afectuoso saludo a los hermanos lituanos. Sed siempre felices y fieles a Cristo.

Pronunciar siempre con inmensa veneración la palabra «hombre»

Abro mi corazón a todos los hermanos de las Iglesias y comunidades cristianas, saludando de manera particular a los que estáis aquí presentes, en espera de un próximo encuentro personal; pero ya desde ahora os expreso mi sincero aprecio por haber querido asistir a este solemne rito.

Y me dirijo una vez más a todos los hombres, a cada uno de los hombres, (¡y con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar esta palabra: hombre!).

¡Rogad por mí!

¡Ayudadme para que pueda servirlos! Amén.



ALOCUCION DEL SANTO PADRE A LOS CARDENALES

Venerados hermanos:

¿Qué os puedo decir en este encuentro cuando estamos todavía ciertamente impresionados por los acontecimientos eclesiales de estos días?

LAS FUNCIONES DEL SACRO COLEGIO

Ante todo doy las gracias al cardenal Decano por las nobles palabras que me ha dirigido interpretando vuestros sentimientos, y en particular os expreso mi gratitud por el gesto de confianza singular que habéis tenido hacia mi humilde persona al elegirme Sucesor de Pedro en la sede de Roma. Sólo a la luz de la fe es posible aceptar con serenidad interior y con confianza el hecho de que en virtud de vuestra elección me ha tocado a mí llegar a ser Vicario de Cristo en la tierra y Cabeza visible de la Iglesia.

Venerables hermanos: ha sido un rasgo de confianza y al mismo tiempo de gran valentía el que hayáis querido llamar a ser Obispo de Roma a un "no italiano". Más no se puede decir; sólo inclinar la cabeza ante tal decisión del Sacro Colegio.

Jamás quizá, como en estos últimos acontecimientos que tan profundamente han afectado a la Iglesia dejándola privada de su Pastor universal dos veces en dos meses, el pueblo cristiano ha sentido y experimentado la importancia, la delicadeza y la responsabilidad de las tareas que debía llevar a cabo el Sacro Colegio de los Cardenales; y nunca como en este tiempo —debemos reconocerlo con auténtica satisfacción— los fieles han demostrado estima tan grande y afectuosa y tanta comprensión y benevolencia a los Eminentísimos Padres.

Los aplausos intensos y prolongados que os dedicaron al final de la Misa *Pro eligendo Papa* y cuando se anunció la elección del nuevo Pontífice, han sido la prueba más expresiva, exaltante y conmovedora de ello.

DERRAMAR LA SANGRE POR CRISTO

Los fieles han comprendido de verdad, venera-

dos hermanos, que la púrpura que lleváis es signo de aquella fidelidad *usque ad effusionem sanguinis* (hasta derramar la sangre), que prometisteis al Papa con juramento solemne.

Vuestras vestiduras son vestiduras de sangre que recuerdan y hacen presente la sangre que derramaron por Cristo los apóstoles, obispos y cardenales, a través de los siglos. En este momento me viene al pensamiento la figura de un gran obispo, San Juan Fisher, creado cardenal —como es sabido— mientras se encontraba prisionero por su fidelidad al Papa de Roma. La mañana del 22 de junio de 1535, cuando se disponía a ofrecer la cabeza a la espada del verdugo, dirigiéndose a la muchedumbre exclamó: "Pueblo cristiano, he llegado a la muerte por la fe en la Santa Iglesia católica de Cristo".

Me atrevería a añadir que tampoco en nuestra época faltan personas a quienes no se ha ahorrado ni se ahorra ahora la experiencia de la cárcel, de los sufrimientos y de la humillación por Cristo.

Sea siempre esta invencible fidelidad a la Esposa de Cristo el distintivo y la gloria mayor del colegio Cardenalicio.

Otro elemento quisiera subrayar en este breve encuentro: el *sentido de hermandad* que en este último tiempo se ha manifestado cada vez más y se ha consolidado en el ámbito del Sacro Colegio: "*Oh quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum*: Ved cuán bueno y deleitoso es habitar en uno los hermanos" (Sal 132 —133— 1.).

El Sacro Colegio ha tenido que afrontar dos veces, y a brevísima distancia de tiempo, uno de los problemas más delicados de la Iglesia, el de la elección del Romano Pontífice. Y en tal ocasión ha resplandecido la auténtica universalidad de la Iglesia. Se ha podido constatar realmente lo que afirma San Agustín: "*Ipsa Ecclesia linguis omnium gentium loquitur... Diffusa Ecclesia per gentes loquitur omnibus linguis*: La Iglesia habla en la lengua de todas las gentes... Difundida la Iglesia entre las gentes habla en todas las lenguas" (*In Iohannis Evang. Tractat.*, XXXII, 7; PL 35, 1645)

UNIDOS EN UNA SOLA FE

Experiencias, exigencias, problemas eclesiales complejos, varios e incluso, a veces diferentes. Pero tal variedad ha sido —y seguirá siendo sin duda— concorde siempre en una única fe, como nos recuerda el mismo obispo de Hipona cuando subraya la belleza y variedad del mandato de la Iglesia-reina: "*Faciunt istae linguae varietatem vestis reginae huius. Quomodo autem omnis varietas vestis in unitate concordat, sic et omnes linguae ad unam fidem*": Estas lenguas comunican variedad al manto de la misma reina. Pero del mismo modo que la variedad del manto se hace concorde en la unidad, así también las lenguas en una única fe" (*Enarrat in Psal. XLIV, 23; PL 36, 509*).

UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA Y DE ROMA

Me sería difícil no manifestar gratitud profunda al Santo Padre Pablo VI también por haber querido dar al Sacro Colegio una dimensión tan amplia, internacional, intercontinental. Pues, en efecto, sus miembros proceden de los confines más extremos de la tierra. Esto pone en evidencia no sólo la universalidad de la Iglesia, sino también el aspecto universal de la Urbe.

Dentro de unos días, todos vosotros volveréis a vuestros puestos de responsabilidad. La mayor par-

ALOCUCION DEL SANTO PADRE

Excelencias, señoras, señores:

Me han impresionado hondamente las palabras nobles y los deseos generosos de los que se ha hecho intérprete vuestro representante. Conozco las relaciones de plena estima y confianza recíprocas que existían ya entre el Papa Pablo VI y cada una de las Representaciones Diplomáticas acreditadas ante la Santa Sede. Este clima era debido a la comprensión, llena de respeto y benevolencia, que este gran Papa tenía de la responsabilidad del bien común entre los pueblos y, sobre todo, a los altos ideales que lo animaban. En materia de paz y de desarrollo. Mi inmediato predecesor, el querido Papa Juan Pablo I, al recibiros hace menos de dos meses, había inaugurado relaciones semejantes, y cada uno de vosotros conserva todavía en la memoria sus palabras llenas de humildad, disponibi-

te a vuestras diócesis; otros a los dicasterios de la Santa Sede; todos a proseguir con afán siempre creciente el ministerio pastoral, cargado de responsabilidades, preocupaciones y sacrificios, y a la vez confortado por la gracia del Señor y por el gozo espiritual que El da a sus siervos fieles. Pero, aunque estéis al frente de las Iglesias particulares, participad siempre en la solicitud por toda la Iglesia, viviendo y llevando a cabo con todas las fuerzas lo que recomienda el Concilio Vaticano II: "Los obispos, como legítimos sucesores de los Apóstoles y miembros del Colegio Episcopal, siéntanse siempre unidos entre sí y muéstranse solícitos por todas las Iglesias, ya que por institución divina y por imperativo del oficio apostólico, cada uno juntamente con los otros obispos, es responsable de la Iglesia" (*Christus Dominus, 6; cf. ib. 3; Lumen Gentium, 23*).

Invocando sobre todos vosotros, sobre los fieles confiados a vuestro celo pastoral y sobre los seres queridos, la gracia de Cristo y la protección atenta de María, la *Mater Ecclesiae*, quisiera impartir con gran afecto mi bendición apostólica; quisiera hacerlo para vosotros primero, y luego con todos vosotros: que sea así bendecida la Iglesia en todos los sitios por el nuevo Obispo de Roma y por todo el Colegio Cardenalicio, cuyos miembros proceden de todas las partes del mundo y están cercanos a él.

* * * * *

AL CUERPO DIPLOMATICO

lidad y sentido pastoral, que hago plenamente mías. Y he aquí que hoy heredo yo la misma carga, y vosotros nos manifestáis la misma confianza con idéntico entusiasmo. Os agradezco muy vivamente los sentimientos que atestigüáis con tanta fidelidad a la Santa Sede, a través de mi persona.

LA SEDE APOSTOLICA ESTA PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD Y DEL AMOR DE CRISTO

En primer lugar, que cada uno se sienta acogido aquí con toda cordialidad, él personalmente y también en nombre del país y pueblo que representa. En verdad, si existe un lugar donde los pueblos debe relacionarse con paz y encontrar respeto, simpatía, sincero deseo de su dignidad, felicidad y progreso, está sin duda en el corazón de la Iglesia,

alrededor de la Sede Apostólica, instituida para dar testimonio de la verdad y del amor de Cristo.

Mi estima y mis deseos van dirigidos a todos y cada uno, dentro de la diversidad de vuestras situaciones. Pues en este encuentro están representados no sólo los Gobiernos, sino también los pueblos y las naciones. Y entre ellas, se hallan las "naciones" antiguas, de pasado muy rico, de una historia fecunda, de una tradición y de una cultura propia; están también las naciones jóvenes surgidas hace poco, con grandes posibilidades en perspectiva, o que todavía están despertándose y formándose. La Iglesia siempre ha deseado tomar parte en la vida y contribuir al desarrollo de pueblos y naciones. La Iglesia siempre ha reconocido riquezas particulares en la diversidad y pluralidad de sus culturas, historia y lenguas. En muchos casos la Iglesia ha aportado su contribución específica a la formación de dichas culturas. La Iglesia ha pensado y continúa creyendo que en las relaciones internacionales es obligatorio respetar los derechos de cada nación.

RESPETAR LOS VALORES ESPECIFICOS DE CADA NACION Y DE CADA PUEBLO, SU TRADICION Y SUS DERECHOS EN RELACION CON LOS OTROS PAISES

En cuanto a mí, llamado de una de estas naciones a suceder al Apóstol Pedro en el servicio de la Iglesia universal y de todas las naciones, me esforzaré por manifestar a cada una la estima que tiene derecho a esperar. Por ello, debéis hacer eco de mis fervientes deseos ante vuestros Gobiernos y ante todos vuestros compatriotas. Y aquí yo deseo añadir que la historia de mi patria de origen me ha enseñado a respetar los valores específicos de cada nación y de cada pueblo, su tradición y sus derechos en relación con los otros pueblos. Como Papa, yo soy y seré testimonio de esta actitud y de este amor universal, reservando la misma benevolencia a todos, especialmente a quienes sufren pruebas.

ASEGURAR EN TODAS PARTES LA PLENA LIBERTAD RELIGIOSA

Quien dice relaciones diplomáticas, dice relaciones estables, recíprocas, bajo el signo de la cortesía, la discreción y la lealtad. Sin confusión de competencias, dichas relaciones no manifiestan necesariamente por mi parte la aprobación de tal o cual régimen —ello no es asunto mío— ni tampoco, evidentemente, la aprobación de todas sus acciones en la gestión de la cosa pública; sino aprecio de los valores temporales positivos, voluntad de diálogo con quienes están encargados legítimamente del bien común de la sociedad, comprensión de su tarea, frecuentemente tan difícil, interés y ayuda en las causas humanas que aquellos han de promover; todo ello, gracias a inter-

venciones directas unas veces, y sobre todo a través de la formación de las conciencias, como una contribución específica a la justicia y a la paz en el plano internacional. Al actuar así, la Santa Sede no quiere salirse de su tarea pastoral: ansiosa de poner por obra la solicitud de Cristo, ¿cómo podría desentenderse del bien y progreso de los pueblos en este mundo al preparar la salvación eterna de los hombres, que es su primer deber?

Por otra parte, la Iglesia —y en particular la Santa Sede— piden a vuestras naciones y a vuestros Gobiernos que tomen en consideración cada vez más algunas necesidades.

La Santa Sede no lo desea para provecho propio. En unión con el Episcopado local lo hace por los cristianos y creyentes que viven en vuestros países, a fin de que sin ningún privilegio especial, pero con toda justicia, puedan alimentar su fe, asegurar el culto religioso y ser admitidos como ciudadanos leales a participar plenamente en la vida social. La Santa Sede lo hace paralelamente en favor de todos los hombres, sean quienes fueren, sabiendo que la libertad, el respeto de la vida y de la dignidad de las personas —que jamás son instrumentos—, la igualdad de trato, la conciencia profesional en el trabajo y la búsqueda solidaria del bien común, el espíritu de reconciliación, la apertura a los valores espirituales, son exigencias fundamentales de la vida armónica en sociedad, del progreso de los ciudadanos y de su civilización. Ciertamente, estos últimos objetivos figuran en general en los programas de los responsables. Pero el resultado no es siempre el mismo, ni los medios son igualmente válidos. Existen todavía demasiadas miserias físicas y morales que dependen de la negligencia, egoísmo, ceguera o dureza de los hombres.

La Iglesia quiere ciertamente contribuir a atenuar estas miserias, con sus medios pacíficos, educando en el sentido moral, y mediante la acción leal de los cristianos y de los hombres de buena voluntad. Al hacer esto, la Iglesia puede no ser comprendida a veces, pero tiene la convicción de estar prestando un servicio sin el que la humanidad no podría vivir; la Iglesia es fiel a su Maestro y Salvador, Jesucristo.

LA ACCION DE LOS CRISTIANOS FIELES SIEMPRE A SU MAESTRO Y SALVADOR

Con este espíritu, precisamente, espero mantener e incrementar relaciones cordiales y fructíferas con los países que representáis. Os animo en vuestra alta función y ánimo sobre todo a vuestros Gobiernos a procurar con creciente afán, la justicia y la paz, con amor bien entendido a vuestros compatriotas y con apertura de espíritu y de corazón hacia los otros pueblos. Que Dios os dé luz y fuerzas en este camino a vosotros y a todos los responsables; y que bendiga a cada uno de vuestros países.

Roma, Octubre 14 de 1978

**CIRCULAR PARA LOS SEÑORES OBISPOS, PRESIDENTES DE
CONFERENCIAS EPISCOPALES DE AMERICA LATINA**

En espera de la decisión que el nuevo Santo Padre tenga a bien tomar respecto de la próxima fecha de la Conferencia de Puebla, y con la finalidad de que el Documento de Trabajo sea suficientemente conocido por las Conferencias Episcopales, nos ha parecido conveniente autorizar a las mismas para que, si lo tienen a bien, puedan publicar EL TEXTO INTEGRO de dicho Documento.

Por las dificultades que representa, sobre todo en esta época del año, el correo entre nuestros países, se ruega a las Conferencias Episcopales que sean las encargadas de hacer llegar dicho Documento de Trabajo a los Señores Obispos que no participarán en la III Conferencia General.

La edición del Documento de Trabajo que, siempre bajo la responsabilidad de las Conferencias, fuere hecha, en su texto íntegro, (no están autorizadas posibles reproducciones parciales o síntesis), en un ejemplar, debe ser enviada a la Secretaría General del CELAM.

Tan pronto tengamos noticia de la voluntad del Santo Padre la comunicaremos de inmediato en orden a la correspondiente información que las Conferencias tendrán la bondad de hacer llegar a todos los participantes.

Sin otro particular y encomendando nuevamente a sus oraciones la intención de nuestras Iglesias que se han preparado con tanto entusiasmo para esta cita eclesial, nos suscribimos como,

Hermanos en Cristo,

ALOISIO, Card. LORSCHIEDER
Presidente del CELAM

ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General del CELAM

FUNERAL POR S.S. JUAN PABLO I

**Homilía de Mons. Antonio Quarracino, Obispo de
Avellaneda, Argentina**

Todos recordamos, hace poco más de un mes, aquella figura del nuevo Papa que apareció a los ojos del mundo con la gracia de una sonrisa amplia y espontánea, fresca y fraternal, que entregaba como un don a sus hermanos los hombres; a los católicos, sus hijos.

Hoy el mundo está venerando sus despojos carnales, los creyentes orando por él y su alma ante la Faz de Dios.

JUAN PABLO I ha muerto.

En aquel momento todos presentíamos un pontificado de varios años. Nadie sospechó siquiera que una treintena de días después de su entronización se celebrarían sus exequias.

Cuando despedimos a Pablo VI mis palabras trataron de presentarlo como un "Papa crucificado"; y dí las razones.

Ahora me animaría a hablar de JUAN PABLO I como del "Papa del asombro", porque de una u otra manera es el asombro lo que ha rodeado su figura de Pontífice. Trataré de explicarme.

* * *

Fue primero el asombro de su elección.

En conclave muy breve era elegido alguien prácticamente desconocido hasta entonces. Las agencias noticiosas no habían barajado su nombre y las oficinas que fabrican las novedades no habían reparado en él. Por tercera vez en el siglo se hacía cargo de la Barca de Pedro alguien venido de la "Ciudad de los canales"; y como en los dos casos anteriores nadie previamente pensó en él.

Y fue después el asombro de su rostro sonriente; el de cierta sonrisa que al principio parecía la de un niño grande asombrado por haber sido ubicado en un impensado lugar de maravilla. Enseguida se vio que era la sonrisa de un hombre santo que vive asombrado ante las maravillas de Dios; la de un hombre humilde que se asombra porque sus hermanos, desde los más encumbrados a los más pequeños, lo reciben con vítores y aplausos, a él que es un desconocido fuera de los estrechos límites de su tierra; la sonrisa de quien se asombra frente a las cosas y a los hombres, trasluciendo un saludable y fino sentido del humor.

Era una sonrisa que en cierta manera el mundo estaba necesitando, porque (y esto constituye otro

motivo de asombro), se dejó ganar por ella; así, de entrada, y sin ponerle precio, le entregó al Papa de inmediato su confianza, su simpatía, su afecto.

Fue también el asombro ante su voluntad de querer llamarse JUAN PABLO: por vez primera en veinte siglos un Papa usaría dos nombres; algo sin mayor importancia pero que nunca había acontecido en dos milenios.

Y fue luego el asombro de la cálida sencillez de su palabra, de sus primeros encuentros multitudinarios en los que —según testigos— parecía que entre él y el pueblo fiel quedaba establecida esa corriente de inexplicable simpatía que se da entre viejos conocidos, entre los que comparten reconocida amistad. La gente se sentía hija de un Padre que la amaba alegremente en Dios y así también, con alegría, le hablaba de Dios y de sus cosas. Las bellas cosas de Dios que son al mismo tiempo serias y alegres.

Y se estableció el asombro de llegar al corazón no solamente de quienes lo veían y vivaban, sino también al de esa multitud lejana y sin rostro visible dispersa por el mundo.

Al fin sobrevino de golpe el asombro de su muerte que trajo consigo el asombro de uno de los pontificados más breves de la historia de la Iglesia. El asombro de una muerte impensada e inesperada, en soledad, y descubierta horas después de haberse hecho presente.

* * *

Qué misteriosos son los designios del Señor!, exclamamos en lenguaje cristiano. Con fe serena, aunque muchas veces acongojada, los aceptamos, sin comprenderlos; y por eso mismo espontáneamente nos brota de adentro un "por qué", que naturalmente queda sin respuesta. Pero la explicación existe en el Misterio insondable de Dios, y allí la conoceremos un día; en el día sin ocaso de la eternidad.

En esta circunstancia que nos congrega, en el caso concreto de la muerte del Padre y Pastor de la Iglesia universal, JUAN PABLO I, no es raro que uno quisiera ir algo más allá del asombro y saber por qué el Espíritu Santo lo elige y en la brevedad de algunas semanas lo convoca a la Eternidad.

Pero convengamos en que para un cristiano es curiosidad vana e inútil.

Transfórmese en oración que sencillamente exprese palabras semejantes a estas: "Señor, nos diste un Papa por pocos días, los suficientes para que nos ganara el corazón antes que el suyo, de golpe, fallara y te entregara su espíritu, dejándonos sumidos en el asombro y estupor. Tú sabes por qué lo dispusiste así. Nosotros fillalmente Te damos gracias por habernos dado en poco tiempo, por su intermedlo, una estupenda lección de humildad, de delicadeza, de amor y de cristiano sentido del humor.

Lo llamaste muy pronto a Tí, como rápidamente lo pusiste al frente de tu Iglesia. Nosotros tan sólo sabemos y recordamos que los hilos de la historia pasan por tus manos y que el misterio de tu Providencia envuelve toda la vida humana.

Otra vez, en el espacio de muy pocos días, tu Iglesia queda sin Pastor supremo visible: llamaste tan pronto a JUAN PABLO I!...

Lo imaginamos ahora ante tu Presencia con esa sonrisa muy suya rogándote para que dotes a la Iglesia, y no por tan escaso tiempo, de un sucesor al que nosotros, permítenos decirte, Señor, quisiéramos con la sabiduría del corazón del Papa Juan, con la sabiduría de la mente del Papa Pablo, y con la sonrisa reconfortante, que es expresión de la sabiduría de la humildad, del Papa JUAN PABLO, que en tu paz ya descansa. Amén".

Avellaneda, 2 de octubre de 1978.

COMUNICADO DEL CONSEJO DE LA PRESIDENCIA DEL SEDAC

El 15 de Septiembre, fecha de la independencia de los países centroamericanos, tuvo lugar en el Seminario Central de San José de Costa Rica, la reunión del Consejo de Presidentes del SEDAC (Secretariado Episcopal de América Central y Panamá), constituido por los Presidentes de las Conferencias Episcopales de los seis países y el Presidente y Secretario del SEDAC.

Los puntos principales que se trataron fueron los siguientes:

1o. Preparación de la agenda para la próxima reunión del SEDAC, que tendrá lugar en Ayagualo, República de El Salvador, del 7 al 13 de Enero de 1979. Temas de dicha reunión serán: a) Un análisis de la situación de la Iglesia y sociedad centroamericanas, previa la relación que cada país hará de su propia realidad. b) Estudio de los modos prácticos para aplicar a la realidad centroamericana los documentos que producirá la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se celebrará en Puebla, México, del 12 al 28 de Octubre del presente año.

2o. Desde una perspectiva eminentemente eclesial, el Consejo de Presidencia del SEDAC analizó la difícil situación porque atraviesa la hermana República de Nicaragua. Sobre tema de tanta trascendencia y actualidad, nuestro Consejo se permite manifestar lo siguiente:

a) Que hace suyas las angustias y sufrimientos del pueblo nicaragüense en las presentes circunstancias y se solidariza con todos los hombres de buena voluntad, que buscan afanosamente una

solución justa a los diversos problemas. Que se solidariza especialmente con las preocupaciones, declaraciones y acciones que, desde el ámbito del Evangelio, realiza la Iglesia nicaragüense, en especial sus Pastores, en busca de soluciones dignas, justas y cristianas a los problemas de su país.

b) Que deplora profundamente el derramamiento de sangre de hermanos en confrontación e insta a las partes en conflicto para que, estimulados por el amor a la Patria que es de todos y a precio de cualquier sacrificio personal, busquen soluciones que, poniendo fin por una parte a tal derramamiento de sangre impidan por otra nuevos y más graves desgarramientos de la unidad de la familia nicaragüense.

c) Que llama a las partes en conflicto para que basadas en la dignidad de la persona humana, en los indeclinables propósitos de crear un orden social justo y en los principios cristianos que inspiran a la casi totalidad de los nicaragüenses, busquen canales de entendimiento mutuamente aceptables que le den al pueblo la oportunidad de forjar su propia historia en un clima de justicia, fraternidad y paz.

d) Que ruega a las naciones y gobiernos de todo nuestro continente y en especial a los del área centroamericana para que, conscientes de sus graves responsabilidades, actúen con gran serenidad y prudencia y hagan cuanto esté a su alcance para que el conflicto no se agrave ni se extienda.

e) Instamos, finalmente, a los cristianos de todos nuestros países para que elevando fervientes

oraciones a Jesucristo, Príncipe de la Paz y a María Santísima abogada del pueblo cristiano, se lo gre el don preciado de una verdadera paz para el atribulado pueblo nicaragüense y que sea bajo la égida del Evangelio que encuentre los caminos que le conduzcan al progreso integral de todos sus habitantes.

San José, Septiembre 15 de 1978.

Mons. Miguel Obando y Bravo
Arzobispo de Managua

Mons. Héctor E. Santos
Arzobispo de Tegucigalpa

Mons. Pedro A. Aparicio
Obispo de San Vicente

Mons. Marcos G. MacGrath
Arzobispo de Panamá

Mons. Román Arrleta
Obispo de Tilarán

Mons. Rodolfo Quezada
Obispo Coadjutor de Zacapa

Mons. Pablo Antonio Vega
Prelado de Juigalpa, Nicaragua.

MENSAJE DE LOS OBISPOS DE ARGENTINA Y CHILE SOBRE LA PAZ

Los Obispos de Argentina y Chile, apremiados por la responsabilidad pastoral que nos compete y unidos por una idéntica preocupación de iluminar, salvaguardar y asegurar la paz entre los dos pueblos nos dirigimos a nuestros fieles y a todo hombre de buena voluntad.

POR QUE HABLAMOS

El Concilio Vaticano II, retomando las enseñanzas de la encíclica, "Pacem in Terris" señala esta función episcopal al afirmar: "enseñen según la doctrina de la Iglesia, los modos como hayan de resolverse los gravísimos problemas sobre la guerra y la paz y la fraterna convivencia de todos los pueblos" (Ch. Dnus. 12).

También hablamos como hijos de estas naciones, unidas por una frontera de más de 5.000 km., nacidas a la vida independiente en gestas comunes y relacionadas siempre con vínculos de verdadera fraternidad.

Tenemos la certeza de interpretar el profundo anhelo de paz de la Comunidad ante la actual situación conflictiva que viven nuestras patrias. Por ello queremos recordar el juramento solemne que hicieran Chile y Argentina junto a la imagen de Cristo: "Se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada al pie de Cristo Redentor".

Nos preocupa ahora el clima de desconfianza y

agresividad al que se ha llegado en los últimos meses y todos debemos evitar cualquier enfrentamiento que, además de absurdo, sería suicida para los dos pueblos.

Nuestros pueblos desean la paz, la quieren, la piden y están dispuestos a lograrla por los medios que comportan nuestra condición de cristianos y nuestra nobilísima tradición nacional.

FUNDAMENTO DE LA PAZ

"BIENAVENTURADOS LOS QUE CONSTRUYEN LA PAZ", afirma el Evangelio que argentinos y chilenos profesamos y tratamos de practicar. (Mt 5-9).

Para la mayoría de nuestros compatriotas la paz es un don de Dios en Cristo que hay que recibir y hacer fructificar: "La paz os dejo, la paz os doy". (Juan 14,27).

Por eso asumen la actitud de esperanza cristiana y alientan a sus gobernantes que "agobiados por las enormes preocupaciones de sus altos cargos y movidos por el gravísimo deber que les acucia, se esfuerzan por eliminar la guerra aunque no puedan prescindir de la complejidad inevitable de las cosas" (G.S. 82).

Desde 1969 celebramos la JORNADA DE LA PAZ con asistencia de gobernantes y ciudadanos y hemos manifestado nuestra adhesión pública y oficial al magisterio pontificio.

Bastaría enumerar algunos de los temas para actualizar la responsabilidad que hemos aceptado: "Todo hombre es mi hermano"; "Si quieres la paz, trabaja por la justicia"; "La paz es posible"; "La paz depende también de tí"; "La reconciliación, camino de la paz"; "Las verdaderas armas de la paz"; "Si quieres la paz defiende la vida" y el 10 de enero de 1979 nos comprometeremos a buscar la paz educándonos en la paz.

Ante la situación conflictiva que vivimos queremos recordar la afirmación de Pablo VI: "La paz debe entrar en la conciencia de los hombres como supremo objetivo ético, como necesidad moral que dimana de las exigencias intrínsecas de la convivencia humana" y nos advierte que lo que la amenaza es crearla irrealizable.

El actual Pontífice Juan Pablo I en su primer mensaje al mundo afirma: "Queremos alentar todas las iniciativas laudables y buenas de tutelar e incrementar la paz, llamando a colaborar a todos los buenos, los justos, los honrados y los rectos de corazón".

"Invitamos y suplicamos a todos, desde los más humildes órdenes sociales hasta los jefes responsables de cada uno de los pueblos, a hacerse instrumentos eficaces y responsables de un orden nuevo, más justo y más sincero" (27-8-78).

El magisterio actual de la Iglesia acentúa la severidad de su enjuiciamiento condenando no solo la guerra total sino la que, en expresiones localizadas, compromete la paz de naciones hermanas. (Conf. Paz 1970).

QUE PEDIMOS

Hemos afirmado que la paz es un don de Dios que ha de impetrarse con humildad y confianza. Por eso pedimos se ore instantemente por la paz de Argentina y Chile de acuerdo a las disposiciones de cada obispo en su Diócesis. Lo haremos de manera especial el Domingo 24 del presente mes, festividad de la Santísima Virgen que en sus títulos del Carmen y de la Merced ha sido mediadora de especialísimas bendiciones.

La paz tiene otras armas que no son las armas. (Mensaje de Paz, 1976)

La paz se prepara con la paz y jamás con la guerra.

Apelamos a los responsables de los medios de comunicación social para crear un clima de serenidad y pacificación.

Pedimos a las Autoridades que en virtud de sus afirmaciones cristianas impidan toda actitud belicista, detengan el envolvente dinamismo armamentista y salvaguarden los legítimos derechos de la soberanía nacional con un amplio criterio de diálogo y fraterna comprensión, recordando que "todo puede ganarse con la paz y todo se pierde con la guerra" (Pío XII).

Concluimos este mensaje reafirmando que la paz de Cristo es un tesoro inapreciable y una oferta inefable. El que la pide la alcanza, el que la busca la encuentra y el que la espera la recibe.

Fue cantada en Navidad, promulgada en las Bienaventuranzas, merecida en la Cruz y encomendada a la Iglesia.

Desde entonces la paz tiene un nombre: CRISTO
Desde entonces los hombres son hermanos.
Desde entonces la paz es posible.
Desde entonces la paz es un deber.

En Mendoza, junto a la Virgen de Cuyo, a 12 de Septiembre de 1978.

Por la Comisión Permanente del Episcopado Argentino y por el Comité Permanente del Episcopado de Chile.

(Fdo.)
FRANCISCO DE BORJA VALENZUELA RIOS
Arzobispo-Obispo de San Felipe
Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile

(Fdo.)
RAUL FRANCISCO Card. PRIMATESTA
Arzobispo de Córdoba
Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina



CONSEJO LATINOAMERICANO DE IGLESIAS
(En Formación)
Apartado 23171, UPR Station
San Juan, Puerto Rico 00931

Oaxtepec, 25 de septiembre de 1978

A la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica Romana

Estimados hermanos:

Reunidos en Oaxtepec en Asamblea de Iglesias Cristianas queremos extenderles nuestro cálido saludo fraternal y hacerles llegar la seguridad de nuestra oración sobre vuestra Conferencia Episcopal. Hemos explorado en nuestra Asamblea los grandes temas de la unidad cristiana y en la misión de nuestro continente.

Nos hemos alegrado por los progresos realizados en las relaciones ecuménicas latinoamericanas.

Hemos sido alentados por el testimonio rendido a Jesucristo, en muy difíciles circunstancias, por muchos hermanos e Iglesias Católicas. Asimismo las cartas pastorales de diversos Episcopados nos han sido de gran inspiración.

Se puede comprender entonces que pidamos la bendición del Señor para vuestras deliberaciones en Puebla, sobre "La Evangelización de América Latina".

Nuestro continente necesita desesperadamente del mensaje liberador del Evangelio. La defensa de la vida, el ministerio a los quebrantados, la lucha por la justicia, y la afirmación de la dignidad del hombre, la proclamación encarnada y la esperanza del Reino, son dimensiones esenciales de las buenas nuevas que somos llamados a proclamar.

Nos permitimos compartir con ustedes la carta que enviamos a las Iglesias Evangélicas y Ortodoxas de América Latina como una sencilla contribución a vuestro trabajo.

Imploramos la permanente presencia del Espíritu Santo sobre vuestra reunión. Anticipamos sus resultados como bendición para todo nuestro continente.

C.L.A.I. (en formación)

SOCIEDADES BIBLICAS UNIDAS
CENTRO REGIONAL PARA LAS AMERICAS

Octubre 24 de 1978

Cardenal Aloisio Lorscheider, Presidente
Monseñor Alfonso López Trujillo, Secretario General
Consejo Episcopal Latinoamericano
Presentes

Muy estimados hermanos:

Queremos manifestar a ustedes, y a todo el Consejo Episcopal Latinoamericano, nuestros sentimientos de aprecio y las felicitaciones cordiales por la reciente elección del nuevo Papa. Lo hacemos a título personal y a nombre de Sociedades Bíblicas Unidas, porque deseamos sumar nuestra voz a la de muchísima gente que han visto en este acontecimiento una señal del amor de Dios a la Iglesia Católica, como también hacia todos los hombres.

Se acumulan en la persona de Juan Pablo II varios y excelentes atributos que aumentan la esperanza de un fructífero papado. Es, a un mismo tiempo, humanista en el sentido clásico, poeta y filósofo, teólogo y hombre de acción, "varón de Dios" en la acepción bíblica del término, solamente otorgada a los profetas y a luchadores de la fe. Si a esto añadimos su experiencia pastoral, sus virtudes, su magisterio universitario y las grandes ideas reforzadas por la praxis humana, entonces tenemos la imagen sólida de un pensador y de un líder espiritual contemporáneo.

Ya habíamos oído algo acerca de su participación en el Concilio Vaticano II. Hoy sabemos que tomó parte activa en la redacción del capítulo referente a la libertad religiosa de que habla el documento Gaudium et Spes. Ahora sus primeras admoniciones, como pastor, son de afecto universal, y el corazón igual que los brazos y la mente, están abiertos "a toda la gente y a cuantos están oprimidos por cualquier injusticia y discriminación". Además, tiene, el Pontífice, una visión comunitaria del mundo y una preocupación por el destino sobrenatural del pueblo que ya se perfila como guía de muchos: "urge

BODAS DE PLATA

Boletín CELAM felicita a Mons. Willem Ellis, Obispo de Willemstad, Responsable de la Sección de Juventud por sus 25 años de Ordenación Sacerdotal.

Le desea muchos años de fecunda labor pastoral.

CARTA DEL SECRETARIO GENERAL DEL CELAM A MONS. WILLEM ELLIS CON MOTIVO DE SUS BODAS DE PLATA

Bogotá, Octubre 31 de 1978

Querido Monseñor:

La celebración de tus bodas de plata de ordenación sacerdotal llena de alegría a tu Iglesia particular y al CELAM desde donde trabajas en favor de la juventud latinoamericana.

Acepta en esta ocasión, en nombre del Consejo y en mi propio nombre, la más sincera congratulación. Contigo damos gracias a Cristo por lo que has sido y has hecho a lo largo de veinticinco años de sacerdocio. El testimonio de tu vida y ministerio enriquece a la Iglesia.

Que el Señor siga bendiciendo tu trabajo episcopal y te conceda la satisfacción de muchas, abundantes cosechas.

Un estrecho abrazo de tu hermano en el sacerdocio y el Episcopado,

ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General del CELAM

Monseñor
WILLEM ELLIS
Obispo de Willemstad
Responsable de la Sección de Juventud
Curaçao - Antillas

dice, hablando al Concilio hacer madurar por el camino del avance y de la vida, las fecundas semillas de los padres del Vaticano II, alimentados con la Palabra de Dios, sembraron en tierra buena (Mateo 13.8-23)".

Por todos estos motivos, nos hemos acercado nuevamente a ustedes en esta hora de júbilo que siguió a la otra de humano desconcierto y pena.

Al felicitarlos, creemos estar participando de su propia alegría, ya que por nuestros ideales comunes en la difusión de las Sagradas Escrituras al pueblo latinoamericano, existen razones suficientes para sentirnos animados por un mismo Espíritu: "Hay un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos (Efesios 4.5)".

Fraternalmente en Cristo

(Fdo.) Alberto Cárcamo C.,
Secretario Regional para las Américas

SUMARIO

<i>Editorial: Confirma a tus hermanos</i>	2
<i>Las sorpresas de Puebla</i>	4
<i>Primer Mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al Mundo</i>	5
<i>Homilía del Santo Padre en la inauguración oficial de su Pontificado</i>	10
<i>Alocución del Santo Padre a los Cardenales</i>	15
<i>Alocución del Santo Padre al Cuerpo Diplomático</i>	16
<i>Circular para los Señores Obispos, Presidentes de Conferencias Episcopales de América Latina</i>	18
<i>Funeral por S.S. Juan Pablo I</i>	19
<i>Comunicado del Consejo de la Presidencia del SEDAC</i>	20
<i>Mensaje de los Obispos de Argentina y Chile sobre la paz</i>	21
<i>Mensajes enviados al Secretariado del CELAM</i>	23
<i>Carta del Secretario General del CELAM a Mons. Willem Ellis con motivo de sus Bodas de Plata</i>	24